

MIQUEL IZARD. EL SIGLO XIX LATINOAMERICANO A LOS OJOS DE UN HISTORIADOR CATALÁN

Margarita Carbó
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen: La Conquista y colonización de América por España y Portugal, abrieron la posibilidad de imponer a los habitantes originarios del continente, a los africanos trasladados al mismo en calidad de esclavos y a los europeos pobres que a él llegaron en busca de mejores condiciones de vida, sin lograrlo, así como a los descendientes amestizados de todos ellos, unas pautas de vida y de trabajo caracterizadas por la discriminación y la explotación. El análisis de Miquel Izard al respecto es demoledor y apasionado.

Palabras clave: “Historia Sagrada”, Imposición, Resistencia

Abstract: Conquest and colonization of America by Spain and Portugal imposed ways of life and work, characterized by discrimination and exploitation, to native inhabitants, to African slaves and to poor European immigrants as well. The analysis Miquel Izard makes of the subject is devastating and passionate.

Keywords: Imposition, Resistance, “Sacred History”

En el año de 1993 impartí en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona un curso acerca de la Revolución Mexicana de 1910, acontecimiento fundamental que puso fin a la inercia decimonónica del régimen de más de tres décadas del general Porfirio Díaz y sus oligarcas.

Un día, después de la clase, fui a saludar al doctor Horacio Capel a su cubículo de la torre A. El doctor Capel era el director de la tesis de grado de mi hija Eulalia Ribera y a través de ella lo había conocido hacía alrededor de un año. Platicamos un rato y cuando ya me despedía él me dijo: ven, te voy a presentar a un profesor con el cual estoy seguro de que vas a congeniar. Tenemos que ir a la torre B, ojalá lo encontremos.

Me presentó a Miquel Izard y aquel fue el inicio de una amistad profunda y duradera. Efectivamente congeniamos y desde entonces, a lo largo de un tiempo que ya pasa de los tres lustros, hemos tenido múltiples ocasiones para reafirmar nuestros lazos de afecto, visitarnos en nuestras ciudades de residencia, México y Barcelona, platicarnos nuestras cosas, conocer nuestras respectivas

tareas de historiadores e interiorizarnos en las preocupaciones académicas y los proyectos que hemos desarrollando a través del tiempo.

A ambos nos ha ocupado profesionalmente la historia social y en ello hemos encontrado un punto más de afinidad, y otro es nuestro mútuo interés por el siglo XIX, aunque él ha incursionado en etapas muy anteriores del proceso histórico.

La historia americana posterior a la dominación española y la anterior también, salvo la del momento crucial de la Conquista, ha recibido menos atención por parte de los historiadores españoles actuales que la que les ha merecido a los de países menos vinculados a nosotros en varios sentidos, aunque he de decir que en justa reciprocidad, nosotros nos ocupamos muy poco de la historia de España, cosa que no me parece bien en absoluto.

Miquel Izard, además, se ha interesado y se ha dedicado al estudio de la historia de la antigua América española, no exclusivamente desde el gabinete sino a partir de una larga estancia en Venezuela, lo cual, sumado a su espíritu abierto y a su disposición cosmopolita, lo acercó a los problemas pasados y presentes de esta parte del mundo con amplios criterios absolutamente ajenos al exotismo, al prejuicio y a la concepción eurocentrista definida en la expresión “nosotros y los demás”, entendiéndose por “los demás”, a todos los seres humanos que integran sociedades que se desenvuelven en los márgenes de la “verdadera historia” y que por descontento nunca alcanzan la plenitud, la madurez, la civilidad y los valores del mundo “occidental”, en torno al cual se tienen que contentar con orbitar eternamente. Son por ello aspirantes perpetúas a alcanzar, a parecerse. Son sociedades trasminadas por resabios arcaicos, distintas al modelo de la perfección, de la modernidad, y por lo general temibles o en el mejor de los casos curiosas, en el estudio de las cuales Miquel Izard es excepcional, porque en su condición de profesional de la historia es maestro en el manejo y la aplicación de un serio y riguroso método en la búsqueda de fuentes y en la evaluación y jerarquización de las mismas, en el planteamiento de sus hipótesis y en el análisis y formulación meditada de sus propuestas de interpretación, y al mismo tiempo es capaz de permitir que en sus textos, tan ricos en información factual, el lector sienta su indignación retroactiva ante hechos, ante acontecimientos y procesos, que en su momento violentaron todas las normas de respeto que los demás merecen, de acuerdo a los más elementales códigos de ética.

Miquel Izard se involucra en la historia como todo buen profesional, y de esa manera logra que el pasado adquiera su importancia y dimensión reales; no las de una obsoleta colección de empolvadas noticias que nada tienen que ver con nosotros, si no justamente lo contrario, es decir, la de nuestra clave privilegiada para acceder a la posibilidad de comprender el momento presente con mayor conocimiento de causa, aquél que ciertamente podemos y debemos contribuir a modificar, pero necesariamente a partir del conocimiento del proceso que nos ha conducido hasta el punto en que nos encontramos.

Considera que el compromiso de quien se dedica a intentar desentrañar en los acontecimientos pasados, las claves para comprender el presente en toda

su complejidad, tiene necesariamente que comprometerse con las mejores causas del momento que le toca vivir, y que ese compromiso “pasa por desenmascarar la historia oficial”, y para ilustrar tal aseveración añade:

“En nuestro caso no podemos denunciar la violencia actual en el país vasco, en la ex Yugoslavia y escamotear la violencia del pasado, y no sólo escamotearla sino glorificar crueldades que cometieron los conquistadores en el pasado en cualquier continente”;

y más adelante en este mismo párrafo concluye:

“Los profesores universitarios tenemos la suerte de que hay un público que nos oye y de vez en cuando te llaman de la tele o de la radio o te dejan publicar una carta en el periódico. Pero creo que tenemos la obligación moral de denunciar” (Blasco Martel, 1998: 22).

Miquel Izard no sólo es un historiador, también es un luchador, y la conjunción de esos dos rasgos de su identidad es lo que más me gusta de él.

En el año de 2004 se publicó en México *Una docena de visiones de la historia. Entrevistas con historiadores americanistas*; Miquel Izard está entre éstos y responde así a la pregunta de la autora de porqué y cómo le nació el interés por la historia de América: “fue gracias al general Franco.” (Zárate, 2004: 109). Y le explica a continuación que en 1966, siendo profesor de la Universidad de Barcelona, un grupo de estudiantes de dicha institución puso en marcha la creación de un sindicato clandestino opositor a la dictadura y organizó un congreso para constituirse formalmente como tal en un convento de la capital catalana.

“Un convento de 16 monjes presenció la resistencia durante tres días de 1.000 personas sin comida o camas, sin agua, y en cuanto Franco se enteró ordenó saltarse el concordato con la Santa Sede e invadir el convento. Los profesores y algunos más que se solidarizaron, fuimos expulsados de la universidad española, en principio, para siempre, y al cabo de dos años, casi por milagro, me salió la posibilidad de trabajar en la Universidad de los Andes de Mérida, Venezuela.” (idem).

Miquel había trabajado hasta entonces temas de historia económica y de historia de España y más tarde, ya de regreso en Barcelona, volvería a ellos para producir varios estudios muy interesantes acerca de la revolución industrial y la clase obrera en Cataluña, pero una vez puesto en el continente americano, se interesó de inmediato por las formas que había revestido la inclusión de aquel mundo, diríamos, diferente, en la llamada historia universal, concepto este último a partir del cual, la Ilustración europea planteó y difundió la idea de que la construcción de la modernidad estaba vinculada indisolublemente a sus demolidores análisis teóricos y a sus críticas al Antiguo Régimen; análisis y críticas que a finales del siglo XVIII abrieron las posibilidades para su aplicación práctica y para su consolidación como ejemplo y modelo a seguir por toda sociedad que pretendiera ponerse a la vanguardia, a través de dos grandes convulsiones revolucionarias paralelas y complementarias, iniciadas respectivamente en Francia la una y en la Gran Bretaña la otra. Democracia política y libertad económica

fueron las consignas, y toda sociedad que no hiciera lo posible por implementarlas en su seno, quedaría relegada a los márgenes del devenir histórico y se convertiría en una triste reminiscencia de un pasado de atraso; en una sociedad fosilizada.

En el caso americano, para Izard, esta imposición arbitraria de valores relativos como si fuesen absolutos, empezó mucho antes, justo cuando en 1492 los primeros europeos pisaron aquella tierra ignota que en un primer momento creyeron la India, y de inmediato se dieron a la tarea de ejercer la misión que, dijeron, su dios y su rey les habían encomendado: propagar la Buena Nueva que implicaba la posibilidad de alcanzar la salvación de sus almas, condenadas irremisiblemente al fuego eterno, entre aquéllos que la habían ignorado por tanto tiempo, 15 siglos nada menos, y que deberían aceptarla de grado o por fuerza, al tiempo que eran sometidos a la obediencia debida al rey de España, su nuevo señor, que a la vez era instrumento divino en aquella tarea. La cosa incluía, simultáneamente, acatamiento a la autoridad de los ministros de la verdadera religión y conllevaba trabajos forzados y pago de tributos a la Corona y a la Iglesia.

Las Indias fueron el gran laboratorio de la colonización. Aquí, en nombre de la empresa evangelizadora, necesitada, eso sí, de las armas para poder triunfar, y siempre según su propio criterio, España y Portugal se adjudicaron la exclusiva del concepto cultura, del concepto civilización y también se arrogaron el derecho de catalogar a los hombres y sus formas de vida, de organización para la producción o en general para la obtención de lo necesario para la supervivencia, de distribución de los bienes materiales y de celebración de los calendarios festivos, en una escala de menos a más hasta llegar a ellos, los cristianos europeos, que se consideraban a sí mismos las expresiones vitales más cercanas a lo que las potestades del más allá esperaban de los seres humanos.

En la citada entrevista, cuando Verónica Zárata lo interroga acerca de si desde España se tiene una visión global de América o se tiene una visión fragmentaria de cada uno de los países, Miquel Izard responde lo siguiente:

“Global, sin nada que ver con la realidad. Lo comentaba hace un par de días con alguien aquí en México; es sorprendente, o a mí me parece sorprendente, este discurso oficial anterior al franquismo, que con él creció y más todavía con la llamada democracia. Un discurso de pueblo colonizador modélico que llevó la civilización y el cristianismo a gentes bárbaras y salvajes; discurso oficial con poco que ver con la realidad cotidiana, en libros de bachillerato españoles a América se le dedica el 3% de todo el espacio dedicado a la historia, menos que lo que se dedica al arte barroco. Digamos que la mayoría de los españoles ha oído un discurso oficial que supongo no escuchan y por lo tanto pocas cosas se les quedan grabadas. Me malicio de que la gente ha interiorizado una serie de estereotipos bastante simples, poseen un *tutifrutí* de ideas, la mayoría falsas, un conocimiento muy primario, sin nada que ver con la realidad” (Zárata, 2004: 111).

Él, desde la cátedra y a través de sus libros y artículos, ha procurado, por su parte, contrarrestar semejante criterio en una forma intensa y apasionada, y en el ámbito de la Universidad de Barcelona ha logrado, codo a codo con varios

compañeros profesores e investigadores americanistas, despertar un genuino interés por parte de los alumnos, acerca de aquella historia que sucedió al margen y en contraposición a la versión oficial de los acontecimientos a la que Miquel llama “la historia sagrada”, pero que ha tenido y tiene grandes dificultades para ser difundida y publicitada.

Tal vez una de las explicaciones a este hecho estriba en que la construcción oficial española del relato de su propio pasado en relación con sus antiguas posesiones de ultramar, es demasiado sólida y contundente como para que resulte fácil desmantelarla, porque además, la conquista y colonización del llamado Nuevo Mundo, constituye tal vez la mayor epopeya que registra la historia de aquel país, y de muchos otros países por cierto, en términos de impulso y de capacidad para llegar con sus ambiciones y con su fe durante varias décadas, hasta donde se propusieron hacerlo. Epopeya que, por otra parte, no se corresponde en absoluto con la crisis en que la metrópoli hispánica se hundió poco después de protagonizarla, pero que le ha servido para alimentar nostálgicos orgullos, ante un presente que a partir del siglo XVII la fue situando a la cola de las naciones de la Europa occidental.

Epopeya que, para Miquel Izard, fue en realidad la imposición ibérica de un modelo económico predatorio, un modelo que implicaba la sobre explotación del trabajo hasta el extremo del genocidio, la esclavitud de millones de seres humanos, la hecatombe demográfica de las poblaciones autóctonas, y como respuesta, al menos en el caso de las culturas que vivían en calidad de comunidades aldeanas de corte neolítico y de otras que mantenían su carácter nómada y seminómada de cazadores recolectores, de la huida de miles y de cientos de miles de personas hacia donde se pudiera, lo más lejos posible de los “blancos”, del cimarronaje, de la resistencia indeclinable y de la marginalidad como única esperanza de futuro.

Hay un aspecto del análisis de Miquel en el que no coincido; la inclusión en el conjunto de esta resistencia generalizada a la imposición de formas de economía mercantil o excedentaria, como él la llama, de la rebelión de Tupac Amaru, que considero que corresponde y obedece a otros objetivos, de carácter más político que económico, dado que la cultura de los quechuas y su aparato de dominación encabezado por un emperador o inca, tanto como la de los mexicas que a partir de su asentamiento en la cuenca lacustre de México lograron imponer su autoridad y su presencia en una extensa área geográfica, y como las de todas las grandes civilizaciones urbanas del ámbito americano prehispánico, incluidas las ciudades-estado del área maya, eran excedentarias en grado sumo, y los excedentes que generaban sus integrantes, como los que genera cualquier sociedad a partir de un determinado grado de desarrollo económico, se canalizaban por la vía del tributo hacia el servicio y los requerimientos de una burocracia político-administrativa, religiosa y militar muy compleja y muy estratificada, que ejercía funciones de todo tipo, incluida las de la obra pública en beneficio colectivo, a través de la cual justificaba y legitimaba su función y el disfrute de los privilegios que ésta conllevaba.

Pero aquí no se trata de debatir sino de glosar la obra de un compañero historiador, y a ello vuelvo de inmediato. Dice Izard:

“Concretamente en las Indias los rechazos mencionados fueron incontables y se dieron por todas partes, desde la rebelión de Tupac Amaru hasta la insurgencia de los comuneros de Socorro, desde las insurgencias de las esclavitudes hasta el enardecimiento de las sociedades cimarronas.” (Izard, 1990: 10).

A lo largo de su trabajo historiográfico acerca de la América española y portuguesa, a la que llama reiteradamente las Indias, Izard establece un eje temático que se convierte en su hilo conductor a través del tiempo y del espacio geográfico. En el período colonial, nos dice, se establecieron las pautas de la relación entre dominadores y dominados a la par que se iban fortaleciendo los mecanismos necesarios para perpetuar tal relación, siempre injusta, siempre asimétrica e inícuca, desde la catalogación racial y el menosprecio por toda forma de cultura que no fuera al menos parecida a la propia, hasta la descalificación de cualquier propósito de defenderla de los embates del intruso por parte de los agraviados, así fuera en la clandestinidad que permitieron durante décadas y aún centurias las extensas llanuras, la selva virgen o los espesos bosques y las montañas.

La minoría originalmente compuesta por violentos conquistadores, reforzada con los funcionarios de todos los niveles que empezaron a llegar y con los colonos cuyo flujo fue constante, más la descendencia de todos ellos, pronto se convirtió en la oligarquía europea y criolla del poder y del dinero, apoyada por la convincente participación de la Iglesia, y todo el que no aceptó y se sometió a las nuevas reglas fue un réprobo, un ignorante, un bárbaro digno de persecución, de castigo y en caso de necesidad extrema de exterminio, si su presencia y su conducta ponían en peligro el nuevo orden mundial que en América se experimentaba y que en América generaba la riqueza que habría de revolucionar la economía europea, a través de las transferencias hacia el Viejo Mundo de metales preciosos y de otras mercaderías de alto precio como las maderas finas, el azúcar de caña, el café, el cacao y el algodón, los tintes nunca antes vistos ni utilizados y hasta la humilde y parasitaria vainilla.

Porque el concepto acuñado por Karl Marx de acumulación originaria, que fue la que impulsó y potenció el capitalismo mercantil para que después se pudiera dar el gran salto cualitativo hacia el capitalismo industrial, tuvo en el continente americano, desde los límites norteros de México hasta la Patagonia, su manantial permanente de bienes, transferidos sin cesar a las metrópolis más activas de Europa; las que desarrollaron sus talleres y sus actividades manufactureras, y cuyas afanosas burguesías, dedicadas a producir y a comercializar sus productos, fueron las destinatarias finales de las riquezas de aquel moderno El dorado de las minas, en que los trabajadores esclavos importados de África dejaban su vida en pocos años para sacar el oro y la plata en cantidades nunca antes vistas, o de los pescadores de perlas del mar Caribe que se extinguieron en tres décadas, a causa de la codicia sin límites de quienes los obligaban a

sumergirse de sol a sol, o de los campesinos enganchados para trabajar en las fincas en que se cultivaban caros productos destinados a la exportación.

En América se produjo para que en Europa se disfrutara, salvo el porcentaje que quedaba en las manos de las oligarquías locales, correas de transmisión tanto del poder político como de la capacidad administrativa de los monarcas españoles y portugueses, como de los hábiles controles económicos implementados por las burguesías inglesa, francesa, holandesa y alemana.

América fue un continente de expolio, de saqueo, donde los habitantes originarios, más los africanos, más los blancos pobres y los hijos de todos y las mezclas infinitas que entre ellos se produjeron, fueron la mano de obra barata a explotar, o bien se convirtieron en refractarios incómodos a quienes se debía perseguir, acorralar y obligar a transformarse en dóciles y laboriosos súbditos, o aniquilar. América ofreció a quienes aquí llegaron a finales del siglo XV, la posibilidad de someter a su arbitrio y a sus intereses, unas extensiones territoriales y una cantidad de personas impensables en sus lugares de procedencia; ofreció la posibilidad de instrumentar una forma de colonialismo a escala superlativa: todo un continente donde por primera vez en la historia, se podían aplicar pautas en el sentido más amplio del término, para adecuar la vida y las actividades de millones a las exigencias y requerimientos de una minoría, que a su vez obedecía a los intereses de gentes lejanas que mandaban y ordenaban desde allende el inmenso océano.

Es bien sabido que la violencia coactiva de los primeros tiempos fue tal que condujo a suicidios colectivos, al asesinato de recién nacidos e incluso a la infertilidad, mientras que a lo largo de los años y las décadas:

“Por todo el continente [nos dice Izard] se reunían en palenques los refractarios y en muchas regiones –de la mayoría de las cuales no queda ni el recuerdo– miles de fugitivos organizaron lo que se ha dado en llamar sociedades “cimarronas”. En Puerto Rico y otras Antillas, en el oeste de los actuales Estados Unidos y en el norte de la Nueva España, en el Llano, la Amazonía, la Pampa o la Araucanía, aborígenes autóctonos aceptaron a otros aborígenes que huían de la invasión occidental y más tarde recibieron a esclavos que no querían serlo, mulatos, indios o mestizos que no aceptaban la nueva cultura así como a blancos refractarios. Todas estas gentes crearon nuevas “naciones” en las que la mezcla étnica y cultural fue total (...) naciones abiertas que sincretizaban constantemente (...) las aportaciones de los recién llegados. Resistentes, sus miembros tenían en común el rechazo al experimento y a la imposición, y alternativas, pues reinventaban una sociedad autosuficiente diferente.” (Zárate, 2004: 8).

Esta cita textual me obliga a hacer otra reflexión a propósito de la visión de Izard, aunque tal vez más que una reflexión se trate de una acotación aclaratoria. No quiero añadir ni quitar nada a las aseveraciones de mi querido colega y compañero, sobre el pasado americano de las regiones que él ha trabajado a fondo en Venezuela, Colombia y en general en la América del Sur, porque conozco poco el caso o más bien dicho los múltiples casos, relativos a las sociedades que viviendo en economías naturales de autoconsumo, se organizaron para resistir o procuraron alejarse lo más posible de quienes se proponían desarticular

sus solidaridades familiares, de clan o de tribu, pero he leído algo más, aunque no son temas de mi especialidad profesional, acerca de las sociedades excedentarias mesoamericanas; aquéllas que a la llegada de los españoles habían desarrollado complejas formas de comercio a cortas y a largas distancias y con ellas un sistema tributario perfectamente organizado, y acerca de la forma en que reaccionaron y se vincularon después de la guerra de conquista a la lógica de los vencedores, y puedo decir, que al ser finalmente doblegada la resistencia que frente al invasor instrumentaron quienes se encontraban a la cabeza de sus respectivos Estados, allí donde la hubo (la más notable fue la que protagonizaron el *hueytlatoani* o emperador mexica Cuauhtémoc y sus aguerridos ejércitos), y después de la dispersión inicial de los habitantes de pueblos y barrios urbanos, los nuevos súbditos del Imperio español, mayoritariamente campesinos y artesanos, fueron “reducidos a pueblo”, casi siempre al mismo de donde habían salido despavoridos y que a su toponimia original añadió el nombre de algún santo, santa o advocación mariana; fueron censados, hacia mediados del siglo XVI dotados de tierras, y continuaron trabajando para mantenerse y por supuesto para tributar a la Iglesia y a la Corona, tal como lo habían hecho puntualmente a sus autoridades civiles y religiosas originales, hasta la víspera de la derrota irreversible de aquéllas por quienes llegaron en sus casas flotantes con sus caballos y sus arcabuces, del rumbo por donde sale el sol.

La nobleza gobernante que sobrevivió a la conquista, se incorporó en número considerable a la burocracia virreinal, sobre todo la baja nobleza, muchos de cuyos integrantes, que ostentaban cargos más o menos equivalentes a los del municipio castellano, siguieron al frente de los gobiernos de poblaciones pequeñas y conservaron prebendas y dignidades en su condición de “indios principales” o caciques.

Por todo ello, a lo que quiero llegar sin que tal cosa signifique de ninguna manera entablar polémica, es a dejar claro que en las áreas mesoamericanas de las altas culturas urbanas, el cimarronaje de los indios no se produjo, y si lo hizo fue de manera absolutamente temporal, excepcional y minoritaria, comparada con el fenómeno masivo de la aceptación resignada del nuevo orden. Incluso la Iglesia excluyó a los indios conversos de juicio inquisitorial en caso de caer en herejía o paganismo, esto después del auto de fe que llevó a la hoguera a Chimalpopoca, ex gobernante de la ciudad de Texcoco, acusado de prácticas idolátricas posteriores a su bautismo cristiano.

Es larga la digresión, pero me parece que complementa la amplia panorámica presentada por Miquel Izard en su historiografía americanista, de lo que sucedió en el continente en términos de las relaciones entre dominadores y dominados desde el siglo XVI en adelante, y también me parece que dicha panorámica tiene mucho que ver con lo que sucedió al término del período colonial, cuando de norte a sur, desde el virreinato de la Nueva España hasta el virreinato de La Plata, los acontecimientos europeos enmarcados en las guerras napoleónicas, y de manera específica lo que pasó en España a raíz de la ocupación de su territorio por parte de los ejércitos imperiales franceses y de la forma de enfren-

tarla de la familia de Carlos IV, provocaron gran desconcierto y precipitaron reuniones apresuradas, propuestas, conspiraciones, difíciles decisiones políticas y finalmente movimientos armados, cuyo objetivo explícito era preservar estas tierras para el legítimo soberano, es decir para Fernando VII, rompiendo con la metrópoli en los momentos en que ésta caía en las impías manos de aquellos que parecían ser engendros del mismísimo demonio, y en que los patriotas peninsulares ponían el ejemplo de valor y decisión creando juntas de gobierno y levantando guerrillas de resistencia.

Napoleón Bonaparte, el anticristo, no podría extender su influencia hasta este reservorio de fe católica y de fidelidad borbónica.

Ese era el objetivo explícito; el otro, el que no se expresaba de forma abierta para no asustar a muchas conciencias indecisas o timoratas, y para no precipitar la reacción que de cualquier manera se produjo, era muy otro, era el de la independencia.

En la introducción al capítulo de su autoría del libro colectivo titulado *La integración del territorio en una idea de Estado* (Mendoza et al, 2002: 360), Izard la emprende contra todos aquellos personajes, que desde principios del siglo XIX y a lo largo de dicha centuria y aún la siguiente, impulsados por la impetuosa corriente liberal desencadenada por los acontecimientos de 1789, se dispusieron a implementar en los territorios de la América española ya independientes de donde eran nativos o en cuyas luchas se habían involucrado, sistemas políticos republicanos más o menos radicales o moderados, y aún conservadores, y economías de mercado.

Dice:

“Estos han dirigido y perpetrado en los últimos doscientos años lo que quizás deberíamos llamar revolución burguesa, cuyo resultado final nada tiene que ver con lo que prometieron reiteradamente en sus proclamas: llamaron progreso a transformaciones materiales o culturales que implicaron un brutal retroceso; se llenaron la boca con las palabras “libertad”, “igualdad” o “fraternidad” pero en cambio han erigido un ámbito represivo, desigual y egocéntrico, con racismo embrutecedor y abismos insalvables e inquietantes entre pueblos australes y septentrionales; expulsaron a la mayoría de sus comarcas desplazándolos a las urbes o a otros continentes, y presentaron el agravio como una decisión de los afectados, (...) alardearon de secularizar la sociedad pero han pergeñado nuevos cultos y dependencias más despóticos que los antiguos (...)” (Idem).

Para él, en España y en América la construcción de la modernidad burguesa ha sido en realidad el resultado de una lucha entre “liberales y libertarios (Idem), y la construcción de lo que él llama “una América para los blancos” (Izard, 1996: 71), es decir, de un territorio en el que una minoría europea y criolla abarcó todos los poderes y puso a su servicio a una mayoría de indios, negros y todas las castas resultantes del mestizaje, tuvo como consecuencia que cuando se presentó de improviso la posibilidad de romper los lazos con España, quienes se asumieron de inmediato como los herederos naturales del derecho a ejercer el poder político-administrativo y a controlar las fuentes de riqueza fueron los

criollos, que en la pirámide social construida durante los tres siglos coloniales, ocupaban el segundo nivel más alto después del de sus padres o abuelos e incluso de antepasados remotos.

El régimen de castas había dado nacimiento ciertamente a sociedades tan jerarquizadas, y la mayoría de los individuos había interiorizado a tal grado esa realidad, que en condiciones normales, es decir, en períodos de estabilidad y de control efectivo de la vida pública por parte de los instrumentos del poder, sólo el que reunía las condiciones sociales requeridas podía aspirar, y así lo asumía, a ascender sin demasiado problema, y aunque entre los integrantes de dichas castas se registró a lo largo del tiempo una cierta movilidad social, aquel mundo era esencialmente estático.

Por otra parte, hacía tiempo que los criollos traían pleito con los españoles, y mientras estos últimos veían a su descendencia indiana impregnada de algunos de los “defectos” de las clases subalternas, los criollos, en general más escolarizados que sus padres y con el sentimiento de ser marginados y discriminados en su propia tierra, como efectivamente lo eran, catalogaban a aquellos de ignorantes, mezquinos, ambiciosos y poco refinados.

Lucas Alamán se refiere a la forma en que los criollos veían a los españoles con estas palabras:

“La educación literaria que se les daba a veces, y el aire de caballeros que tomaban en la ociosidad y en la abundancia, les hacía ver con desprecio a los europeos, que les parecían ruines y codiciosos porque eran económicos y activos, y los tenían por inferiores a ellos porque se empleaban en tráficos y profesiones, que consideraban como indignas de la clase a que con ellas los habían elevado sus padres” (Alamán, 1942: 19-20).

Por ello, y también porque las ideas de la Ilustración habían llegado a los dominios españoles de allende el océano, a pesar de los controles aduanales y de las amenazas que el Santo Oficio lanzaba preventivamente a los eventuales lectores de libros prohibidos, cuando a las capitales virreinales llegó la sorprendente noticia de la ocupación de su lejana metrópoli por Napoleón Bonaparte, en todas ellas una serie de acontecimientos se precipitaron, sin que nadie los hubiera planeado ni siquiera cinco minutos antes de que tuvieran verificativo.

El campo estaba abonado, sin lugar a dudas, de otra manera nada de lo que sucedió habría sucedido. A lo largo de los días, semanas y meses, en diferentes barcos fueron llegando los correos y las gacetas y se fue sabiendo que en España el monarca había actuado de manera cobarde y vergonzosa, que el heredero al trono, en quien muchos habían depositado la confianza en un cambio que podía mejorar las cosas y recobrar para el país la dignidad perdida, había sido llevado a Bayona con el resto de la familia, y allí retenido para que después de las famosas abdicaciones, la Corona quedara en manos de José Bonaparte y finalmente, que quien había reaccionado ante la invasión y dado la respuesta que correspondía dar al soberano, había sido el pueblo prácticamente solo.

En toda la América española el desconcierto inicial dio paso a los primeros intentos organizados de tomar la iniciativa, sobre todo cuando se supo que en diversos puntos de la Península, grupos de ciudadanos habían formado Juntas provisionales de gobierno para asumir el poder en nombre de aquel pueblo que peleaba con las armas en la mano, y que según las teorías políticas más avanzadas (y anatematizadas por la Iglesia), era el depositario original de la soberanía, que de tal manera había vuelto a él en ausencia del rey legítimo.

Si en España había Juntas, en América las podía haber también; afortunadamente, aquí la posibilidad de la guerra era remota y seguramente no habría necesidad de pelear, pero sí se debían instrumentar sin tardanza nuevos poderes para llenar el gran vacío de autoridad, que de manera temporal se había producido con la ausencia de los Borbones, y porque, además, y en ello radicaba el plan oculto de los criollos, ¿Quién podía saber en 1808, 1809 o 1810 que los Borbones volverían?

Miquel Izard nos presenta una interesante versión de los acontecimientos, cuando dice que en las guerras de independencia se conjugaron dos fenómenos: las insurgencias populares y el secesionismo oligárquico, y se conjugaron porque a finales del período colonial, el panorama social de las Indias estaba dislocado a consecuencia de los avances recientes en la implantación del sistema capitalista de corte mercantil y obrajero, añadiendo que por todas partes se registraban insurrecciones más o menos intensas y que las sociedades cimarronas se expandían de manera notable con la llegada de más y más gente que huía de las exigencias del trabajo coactivo. Se trataba de las “clases peligrosas” en abierto rechazo de un mundo de opresión, que no les ofrecía tampoco mejora alguna a futuro y que más bien planteaba para ellos temibles cambios para peor.

Luego nos dice que poco más tarde, sin embargo, cuando a partir de 1808 la oligarquía criolla se empezó a aventurar por el sendero de su propia afirmación como sector protagonista de la sociedad y a asumir la responsabilidad de su comportamiento político, amplios sectores populares se sumaron a las luchas por ella iniciadas, porque el debilitamiento de los controles ejercidos hasta entonces por el grupo compacto de los “blancos”, abrió anchurosos cauces a la participación del pueblo al que ofreció, al menos en aquella encrucijada, la posibilidad de romper ataduras e imposiciones de todo tipo y de expresar sus reclamos abiertamente; esto, sin dejar de lado el hecho de que amplios sectores de la población, se sintieron atraídos por el discurso liberal, que empezaba por dignificar la condición de los pobres con el postulado de la igualdad por naturaleza, misma que debía tener como consecuencia ineludible la igualdad ante la ley. Tal discurso incluyó, en distintos momentos y circunstancias de las distintas guerras independentistas, la abolición de la esclavitud.

Yo por mi parte añado, a propósito de esta última aseveración, que en el caso novohispano la guerra empezó en septiembre de 1810 y en octubre del mismo año, antes de cumplirse el mes, Miguel Hidalgo hizo público el primer bando en tal sentido en la ciudad de Valladolid de Michoacán y no sólo eso, también decretó la abolición del tributo que pagaban los indios a la Corona y les

restituyó a los pueblos el control y manejo de sus cajas de comunidad, competencia que las reformas borbónicas les habían sustraído.

Para Izard, el hecho de que indios comuneros, ex-esclavos e integrantes de las castas fueran “contratados por políticos y demagogos de todo tipo”, no obedeció más que a un espejismo fugaz, porque lo que en realidad sucedió entre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, fue un desmoronamiento:

“(…) de lo que se tenía por más sólido e incuestionable (…) el Viejo y el Nuevo Mundo eran sacudidos por un contagioso movimiento telúrico que afectaba a todos los estamentos. Los notables temían perder, parcial o totalmente, viejos privilegios económicos, sociales y jurídicos; había grupos interesados en ser los máximos beneficiarios de las transformaciones materiales y en hacerse de las mayores parcelas posibles de estos nuevos privilegios; las clases subalternas, a su vez, respondían con la insurgencia creciente a los impactos de una mutación antagónica a sus aspiraciones.” (Izard, 1990: 18-19).

Se trataba, siempre siguiendo el pensamiento de Izard, de la transición final, aquélla que conducía aceleradamente a la desaparición de las sociedades auto-suficientes, necesaria para que se alcanzara la consolidación de las sociedades excedentarias.

Efectivamente, el liberalismo es antagónico, desde su más profunda raíz ideológica, a los regímenes construidos en base a ínsulas detentadoras de autoridad propia y autónoma, complementada con la propiedad, posesión, usufructo y administración de recursos económicos inalienables a censo perpetuo, ello en aras del individualismo y la libre circulación de la riqueza, todo bajo la vigilancia o supervisión, simplemente arbitral, de un Estado que se asume como la expresión política de la voluntad ciudadana. Para el liberalismo, si no se rompen las solidaridades corporativas no hay ciudadanos sino súbditos y en consecuencia no hay lugar para la democracia representativa.

Por todo ello, quienes en Europa difundían y hacían el panegírico de tales ideas, que eran los futuros beneficiarios de su implementación, “inventaban las nacionalidades” (Izard, 1990: 19) y escribían la historia oficial de las mismas, mientras que en las Indias, continuo exponiendo la propuesta teórica de Izard, el acontecimiento conocido como guerras de independencia, obligó a los historiadores a inventar un pasado colonial lleno de inexactitudes e imprecisiones que sustentara, así fuera de forma artificial, el supuesto patriotismo de los insurgentes, y nos expone como ejemplo el caso concreto de Venezuela, donde a mediados de 1808 se desconoció al capitán general y se creó una Junta defensora de los derechos de Fernando VII. Dicha Junta fue disuelta por las autoridades y en abril de 1810 otra Junta desconoció a su vez al nuevo capitán general y de paso a la Regencia española. Lo que no se dice es que en Caracas hubo público regocijo por el hecho, con el probable objeto de esconder la participación de los pobres de la ciudad en aquel momento crucial de su historia.

Yo por mi parte he de decir que en el caso de la ciudad de México, el apoyo popular otorgado a los integrantes del Cabildo municipal de septiembre de

1808, cuando esta corporación propuso al virrey la formación de una Junta para gobernar provisionalmente al virreinato, los historiadores no lo han escamoteado, al menos hasta este momento, y sabemos que los bandos que en aquella circunstancia se formaron fueron muy claros: por un lado la Real Audiencia, el Tribunal del Santo Oficio y los “gachupines”, y por el otro los criollos y las castas. De la posición asumida por los habitantes de los barrios y las parcialidades de indios se sabe poco, pero en todo caso, varios de ellos dejaron de pagar el tributo porque, en medio de la gran confusión que prevalecía, ¿A quién deberían hacerlo?, ¿A José Bonaparte? ¿O tal vez a alguna de las muchas Juntas españolas?

La propuesta de la independencia, aunque se planteara como temporal y condicionada, hizo que los estamentos llamados inferiores entrevieran la posibilidad del cambio y con él del mejoramiento. La movilidad social se convirtió en una opción factible y en el caso de las antiguas Repúblicas de Indios, incluso en la posibilidad de recuperar prerrogativas establecidas para ellas en el siglo XVI, y que a finales del siglo XVIII habían sido derogadas siguiendo la propuesta ilustrada de debilitar a las corporaciones. Aunque Miquel Izard afirma que “el secesionismo criollo frente a París era oligárquico y elitista”, yo pienso que al menos un sector de los criollos sí fue sinceramente capaz de radicalizarse con el pueblo llano y de darles fuerza, voz y respuesta a sus más sentidas demandas, aunque otro sector sólo pensara en asumir las funciones del poder en todas sus ramas y hacerse de los privilegios que de hecho, aunque no de derecho, habían reservado para sí los “legítimos blancos”, los que no eran objeto de sospecha en cuanto a su árbol genealógico, porque la realidad es que en la América hispánica, a la tercera generación la “blancura” de quienes se asumían como criollos caía irremisiblemente en entredicho, y los conocidos como españoles americanos para diferenciarlos de los españoles europeos, que por supuesto eran los auténticos españoles, albergaban fuertes resentimientos, como ya se dijo, hacia quienes por tal razón los hacían menos en su propio suelo.

El siglo XIX hispanoamericano fue de una extrema complejidad, en gran medida porque la transición de la etapa colonial a la independiente resultó tortuosa y difícil desde el principio. Tiene razón Izard cuando nos dice que las élites criollas se encontraron, al momento de asumir sus nuevas responsabilidades públicas, ante un mundo de gentes para las que los términos soberanía, independencia, democracia o República no significaban nada, si no iban acompañadas de medidas urgentes que les comunicaran, al menos, la esperanza de que la ruptura con la metrópoli traería para ellos mejoras tangibles. Como es patente, a la postre esto no sucedió.

Para comprender porqué las cosas fueron así y no de otra manera, pienso que hay que situarse mucho más allá del anecdotario y de la conducta particular de cada uno de los personajes involucrados en el proceso específico de cada uno de los países en construcción. Hay que analizar las ideas básicas del liberalismo, fuese radical o moderado, que proponían que cada quien debía arreglárselas como pudiera para sobrevivir, y que el Estado no debía intervenir

en las relaciones entre los propietarios y sus dependientes, dado que para eso se había luchado y se seguía luchando por establecer la igualdad ante la ley. En Francia y en el Reino Unido, para poner como ejemplo de aquel fenómeno global a los dos países pioneros de la transición y modelos de la modernidad burguesa, los trabajadores fabriles eran abandonados a su suerte para privilegiar la acumulación capitalista sin consideración humanitaria ninguna.

En las recién inventadas, para usar la terminología de Izard, naciones americanas, lo que privó fue la fragmentación real del poder bajo la forma de cacicazgos más o menos extensos y poderosos, como expresión de autoridad política disfrazada de República federal o unitaria y los caciques, cuya expresión superlativa la constituyeron los caudillos, fueron a la vez y por lo general grandes propietarios de tierras agrícolas y pecuarias, las mismas que administraron de forma autárquica, incluida la relación con quienes en ellas trabajaban de manera fija o estacional en calidad de jornaleros libres, de arrendatarios o de esclavos según el país o la región.

El concepto “buen gobierno”, que durante la Colonia se entendió como el ejercicio patriarcal del poder real subrogado a virreyes y capitanes generales, en la hispanoamérica independiente sólo consistió en la capacidad, por parte de quienes lo detentaban, de hacerse de los recursos para poder pagar sus sueldos a los empleados públicos, para sostener al Ejército, por cierto cada vez más oneroso, y para controlar las aduanas, además de mantener los caminos libres de bandidos y a los inconformes de toda clase controlados y en paz.

Como es sabido, ninguna de las nuevas repúblicas fue capaz de consolidar tales propósitos y la guerra civil endémica, tal vez con la excepción de Paraguay, fue su característica definitoria. En su libro escrito en colaboración con Javier Laviña dice Izard:

“Bueno sería retener que el triunfo oligárquico en los conflictos de principios del siglo XIX representó continuar y consolidar el excedentismo, sin cambios estructurales en relación con el período colonial, por lo que la insurgencia popular rechazándolo siguió y creció, al coincidir con la formación del estado capitalista a escala planetaria, implicando que las desigualdades, además de en el interior de cada ámbito, se dieran así mismo entre los países generando la dicotomía desarrollo vs subdesarrollo. // A pesar de los intentos de Bolívar y San Martín, no se creó un Estado que abarcara todas las Indias, ni siquiera aquel fue capaz de mantener aglutinado el antiguo virreinato de la Nueva Granada en la república de Colombia, ni San Martín el del Río de la Plata. Los potentados acabaron organizando repúblicas sin tener en cuenta ni las etnias aborígenes, ni los límites naturales. // La continuación de los viejos antagonismos entre los explotadores, ahora caracterizados como liberales vs conservadores o centralistas vs federales, el enmascaramiento del parlamentarismo, excluyendo a la inmensa mayoría, con el voto censatario o descartando analfabetos (...), la creciente dependencia –económica, política o cultural– de nuevas metrópolis, la continuación de la insurgencia popular (...) implicaron una creciente inestabilidad política” (Izard, 1996: 121).

También la ex Nueva España se fragmentó con la secesión de la Capitanía General de Guatemala y un cuarto de siglo después, con la pérdida de más de la mitad de su territorio a raíz de la desastrosa guerra imperialista de 1847 con

los Estados Unidos, favorecida sin duda alguna por la situación interna de inestabilidad política, de ausencia de conciencia nacional y en consecuencia de una auténtica integración del territorio en una idea de Estado.

Izard es contundente cuando afirma que todos nuestros países eran en realidad conglomerados de naciones sin Estado cuyas expresiones culturales, incluidas las lenguas habladas por millones de personas, eran ignoradas o discriminadas por quienes estaban empeñados en construir un Estado-Nación acorde con las pautas europeas, para lograr lo cual era preciso “incorporar” al cambio a la población refractaria de grado o por fuerza. También en esto corríamos parejos a los países de la vanguardia europea, que marginaron del uso público a las lenguas propias de las naciones sometidas a las que englobaban dentro de sus fronteras, y que además de intentar borrar de la memoria colectiva las historias de cada una de ellas, calificaron sus particulares expresiones culturales de usos y costumbres curiosos o folklóricos cuando les fue bien, y de intolerables cuando percibieron en ellas un atisbo de rebeldía.

Como se comenta al inicio de este artículo, que intenta plasmar la visión de un historiador catalán de la historia latinoamericana de la centuria antepasada, el plan no fue aquí, como no lo fue en casi ninguna parte del mundo, tal vez con la excepción de Francia, Inglaterra y como un derivado ultramarino de ésta última, de los Estados Unidos, un resultado del propio proceso histórico sino un proyecto implementado desde arriba, en el esfuerzo por alcanzar a quienes se consideró vanguardia del cambio hacia la modernidad.

Todo lo que nos separaba del modelo estorbaba, porque entorpecía los propósitos de las minorías que sí se veían a sí mismas a la altura, y en ese caso se colocaba a los pueblos comuneros o tribales, empecinados en conservar el control, la posesión y el usufructo de sus bienes materiales y de las maneras de distribuir sus frutos, amén de sus formas de vida, usos y costumbres; también se colocó en el caso a quienes se aferraban a solidaridades de viejo o de nuevo cuño que se sustraían a las disposiciones de los nuevos Estados en construcción, y de paso a todos los descendientes de africanos ya amestizados y aculturados, a quienes se veía con desconfianza por considerárseles gente levantisca, violenta y pendenciera difícil de controlar y como a todos los arriba mencionados, y en el mejor de los casos, difícil de convencer de las bondades del nuevo modelo de sociedad que nos ponía a todos en el mismo plano a partir del postulado de la igualdad jurídica, siempre que aprendiéramos a leer y a escribir y tuviéramos una forma decente de ganarnos la vida o mejor aún, alguna renta segura, condiciones que por otra parte, se establecieron también en las metrópolis de la “perfección política” hasta bien entrado el siglo XIX.

Nada se inventó para los americanos ni fue obra de los teóricos del continente; se importó, tal como se fue importando por buena parte de los países del resto del mundo, y de este hecho han derivado los problemas de su implementación hasta el momento presente.

Las clases peligrosas integradas por “desarraigados, desaculturados y desesperados” (Izard, 1990: 17), fueron y siguen siendo aquellas que como en toda transición, han visto cómo se destruía su mundo, sin que se les diera cabida y lugar en el nuevo, que se implantaba sin su participación y sin su consentimiento.

Lo que sí es necesario recalcar es que la democracia decimonónica fue en todas partes selectiva, pero en América lo fue más porque aquí, en algunas regiones o en ciertos países simplemente de hecho pero en otros incluso de derecho, la selección inclusive se reforzó con criterios de corte racial, aunque después de tres siglos, como se asevera más arriba en este artículo, nadie estaba demasiado seguro de su “blancura”; hasta Simón Bolívar nos resultó mulato según investigaciones recientes, por no hablar de tantos insurgentes y políticos mexicanos de la centuria que nos ocupa, desde Vicente Guerrero hasta Porfirio Díaz, pasando por supuesto por Benito Juárez.

Pero la verdad es que no se trataba de raza sino de aceptación o no de las normas y los valores “occidentales”. Quien veía el futuro de su país en el espejo de Francia o de los Estados Unidos era parte de la vanguardia de la humanidad, y quien no lo hacía estaba anclado en el pasado y había que moverlo de ahí para ponerlo donde fuera útil y provechoso para el nuevo esquema, y en el caso de que esto no fuera posible o resultara demasiado difícil y oneroso, como sucedió con tantos integrantes de grupos humanos que vivían en la edad de piedra fuese ésta vieja o nueva, lo más práctico era desaparecerlo del mapa y todo en provecho del excedentismo, de la economía de mercado, de la acumulación de capital.

El siglo XIX es el siglo estelar de la burguesía, y esta clase tiene por valor supremo la competitividad, es decir, la capacidad de cada uno para superarse a sí mismo, para desafiar obstáculos, para construir, dicho con una frase que resume la teoría del individualismo, su propio destino. No hay lugar para la ayuda mutua, para la solidaridad humana. El que no puede avanzar se queda y al que puede se le debe reconocer su derecho a mandar, a acumular, a gobernar.

El cuadro que pinta Miquel Izard del siglo XIX latinoamericano es terrible y abrumador, es el de un mundo sin norte ni brújula, en el que incontables poderes fácticos o “constitucionales” a cual más despótico y en permanente competencia intestina, llenaron el vacío dejado por la igualmente despótica pero muy experimentada burocracia virreinal, que si algo logró fue un control efectivo de los inmensos territorios a su cargo haciendo concesiones, negociando, acatando las órdenes que llegaban de España, aunque después éstas no se cumplieran cuando ello no era conveniente desde el punto de vista local, pero finalmente estableciendo solidamente el principio de autoridad.

Los que llegaron detrás de ella, por el contrario, eran improvisados, provincianos y como dijo fray Servando Teresa de Mier en 1823, prontos a emprender y tardos en ejecutar, y en muchos casos estaban ávidos de riqueza pero sobre todo de gloria y de honores. “nunca pensaron más que en sí mismos. Nunca tuvieron en cuenta al pueblo”. (Izard, 1990: 64).

“Dejar hacer, dejar pasar”. La célebre y sintética expresión de lo que fue el liberalismo económico que acabó imponiéndose en estos países, encontró su complemento en lo que muchos gobiernos de la segunda mitad del siglo XIX en el mundo consideraron de urgente reconocimiento, a fin de explicar las diferencias sociales crecientes. El llamado darwinismo social estableció, ante la alarmante ampliación de la distancia entre ricos y pobres, que el mundo es de los más aptos, de los que demuestran su capacidad para sobrevivir, para sobreponerse a las condiciones adversas, para superar los retos. Tal vez por eso las clases dominantes abrazaron con entusiasmo la filosofía positiva de Augusto Comte, que resumida de manera burda, como ellas lo hicieron, decía que cada uno tenía que estar en su sitio cumpliendo con su función y que el progreso sólo se lograría cuando prevaleciera el orden, que en un mundo desigual e injusto sólo significaba obediencia por parte de los pobres y reacción represora por parte de los ricos y de las autoridades a su servicio, cuando los pobres manifestaran, de la forma que fuese, su inconformidad y su descontento.

Los nuevos señores se amparaban así en modernas teorías. Muchos de ellos estaban legitimados por hipotéticas elecciones, otros, golpistas, justificaban su conducta con el argumento de la ingobernabilidad prevaleciente y los demás, simplemente en razón de su fuerza económica y solapados por funcionarios de todo tipo, buscaron la manera de eliminar las barreras interiores que les impedían consolidarse, mientras invitaban a los exitosos capitalistas extranjeros a invertir en sus países con todas las facilidades y ventajas imaginables. Fueron duros con los de dentro cuando se atrevieron a expresar su desacuerdo, pero fueron obsequiosos y agachones con los de fuera, cuyos capitales les podían significar jugosas ganancias. Se convirtieron así en el engranaje entre los intereses imperialistas y el saqueo de los recursos naturales, acompañado de la explotación de los trabajadores de su propio país.

El fin de siglo era casi peor que el comienzo.

Izard se adelanta a decir que de ninguna manera defiende el sistema feudal que antecedió estructuralmente a la implementación del liberalismo; que se limita a insinuar que en aquel período, “viviéndose bajo la opresión, no hubo condiciones tan degradantes como se dieron desde finales del siglo XVIII, a partir de la sociedad excedentaria o capitalista”. (Izard, 1990: 96).

La explotación en gran escala de las riquezas del suelo y del subsuelo, significó simultáneamente la explotación en gran escala del trabajo humano, por ello resultó más que nunca intolerable la sobrevivencia de los grupos de economía no excedentaria, y fue por ello que ya para el último tercio o cuarto de siglo, y contando con el auxilio todopoderoso del ferrocarril, tuvo lugar la más gran ofensiva vista hasta entonces sobre los pueblos comuneros, tribus, grupos cimarrones y en general, sobre todo conjunto humano con posibilidades de ser sometido a las modernas formas de relación salarial, y aquí considero que es oportuno recordar que dicha ofensiva todavía no ha terminado.

Despojo, proletarización o exterminio siguieron siendo las fórmulas, nada más que a esas alturas de la historia, justificados con argumentos modernos de

productividad y progreso. Nadie debía quedar libre de hacer lo que le viniera en gana en lo tocante al trabajo y la economía; todo el que fuera potencialmente útil debía ser puesto al servicio del capitalismo internacional.

Antes de poner punto final a este artículo escrito para homenajear a mi querido doctor Izard, quiero hacer alusión a un último aspecto de su interés, que está plasmado en su obra historiográfica y que sin duda alguna está plasmado también en la conciencia de los alumnos que pasaron por sus clases a través de años y años dedicados por él con profunda vocación a la docencia; me refiero a un aspecto que complementa su esfuerzo por reivindicar a los pueblos americanos en su búsqueda de justicia y en su afán de salvaguardar su rica herencia cultural. Me refiero a la importancia que da a la cultura popular, aquella cuyas más variadas manifestaciones fueron menospreciadas en la centuria antepasada, por ser propias “de aquellos que no detentan el poder” (Izard, 1990: 151). Y entre los aspectos fundamentales de dicha cultura hay uno especialmente significativo, que consiste en las formas de expresión literaria a través de las cuales es posible escuchar, a pesar de todo, las variadas voces de quienes permanecieron siempre en los planos oscuros de la historia. Aquéllos que difícilmente aparecen en los documentos oficiales y que no reunieron archivos privados ni tuvieron acceso a la prensa, pero que hablaron a través de relatos transmitidos de forma oral de generación en generación, y de canciones cuyas letras aluden a su condición real en un mundo que se olvida de ellos, y que de ese modo pudieron decir su verdad que siempre, o casi siempre, desmintió la versión oficial de los hechos.

Y para finalizar este artículo y como muestra de lo antes dicho, yo por mi parte transcribo aquí la letra de una canción anónima mexicana de finales del siglo XIX que espero que le guste al doctor Izard.

“Sol redondo y colorado como moneda de cobre,
Del diario me estás mirando, del diario me miras pobre.
Me miras con el arado, después con la rozadera,
Me miras en la llanura, me miras en la ladera.
Me miras lazando un toro, me miras con un atajo,
Pero siempre me ves pobre como a todos los de abajo.
Sol, tú que eres tan parejo para repartir tu luz,
Le habías de enseñar al amo a hacer lo mismo que tú.
El amo nomás nos pega, nos hambrea y nos maltrata,
Mientras en nosotros tiene una minita de plata”.

Fuentes y bibliografía citadas

- ALAMÁN, Lucas (1942). *Historia de México*, T. I. México: Editorial Jus.
- BLASCO MARTEL, Yolanda (1998). “La historia es un instrumento del poder. Entrevista a Miquel Izard”. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Buenos Aires, Vol. 3, nº 7, pp. 13-23

- IZARD, Miquel (1988). *Orejanos, cimarrones y arrojados. Los Llaneros del Apure*. Barcelona: Sendai ediciones.
- ____ (1990). *Latinoamérica, S. XIX. Violencia, subdesarrollo y dependencia*. Madrid: Editorial Síntesis, S.A.
- ____ (2002). "Libertarios versus liberales". En: Mendoz Vargas, Héctor; Ribera Carbó, Eulalia y Sunyer Martín, Pere (eds.). *La integración del territorio en una idea de Estado. México y España, 1820-1940*. México, D.F: Instituto de Geografía de la UNAM, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Agencia Española de Cooperación Internacional, pp. 360-371
- IZARD, Miquel y LAVIÑA, Javier (1996). *Maíz, banano y trigo. El ayer de América Latina*. Barcelona: EUB.
- ZÁRATE TOSCANO, Verónica (2004). *Una docena de visiones de la historia. Entrevistas con historiadores americanistas*. México, D.F.: Historia social y cultural.